

ALONSO QUESADA

LOS CAMINOS DISPERSOS

LIBRO DE POEMAS

Prólogo de
GABRIEL MIRÓ

Ediciones
"GABINETE LITERARIO"
Las Palmas de Gran Canaria



LOS CAMINOS DISPERSOS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>294073</u>
N.º Copia <u>422208</u>

ALONSO QUÉSADA

LOS CAMINOS DISPERSOS

Prólogo de
GABRIEL MIRÓ

Ediciones
"GABINETE LITERARIO"
Las Palmas de Gran Canaria

Una serie de malhadadas circunstancias ha impedido hasta ahora la publicación de la obra del gran escritor canario Rafael Romero (Alonso Quesada) que damos a la estampa. Primero, la enfermedad y la muerte del artista, acaecida el día 4 de Noviembre de 1925; después, dificultades de todo orden, que malograron en muchas ocasiones los propósitos, siempre despiertos, de familiares y amigos del poeta. Pero al fin hoy "El Gabinete Literario" ofrece satisfacción al viejo anhelo y brinda a la memoria de Alonso Quesada el más fecundo homenaje: el de reavivar, al contacto de un juicio nuevo y frente a una nueva valoración, el imperecedero culto debido a aquella singular voz poética que la muerte apagó prematuramente.

El volumen que hoy publicamos se ha impreso con estricta sujeción a los originales que el propio poeta preparara en 1924. Va precedido del prólogo que Gabriel Miró —otro genio desaparecido— había escrito para una edición, frustrada, de las obras completas de Don Alonso. Y para asociar en este póstumo homenaje a otra figura canaria merecedora de perenne recordación, reproducimos el retrato en que Juan Carló, agónico pintor, fijara con indecisa pincelada una imagen fuertemente evocadora de nuestro gran poeta.

Aspiramos a que la aparición de esta obra, tantos años aguardada, contribuya al más cabal y devoto conocimiento de esta pluma señera de las letras canarias, ante la cual se rindió unánime la admiración de los mejores espíritus de su época. Con ello cumplimos uno de los propósitos abrigados al iniciar estas ediciones: rescatar de los reinos desalentados del olvido una obra tan entrañablemente nuestra por su acento y tan universal por sus altas calidades.

LOS EDITORES.



RAFAEL ROMERO
ALONSO QUESADA

Al lado de un muerto se habla muy despacio, dentro del silencio que se quedó en la casa como una niebla, la niebla de su vida ya tan remota, y está parada delante de él.

Si alguien viene gritando, nos volvemos a mirar, y aguardamos que pase para seguir en nuestra quietud junto a la inmovilidad tan rígida.

¿Quién nos pide que bajemos la voz, que no hagamos ruido? Un índice que nos parece de su mano se fija en nuestra boca apretada. Se siente muy profundo el pulso del tiempo.

Siempre que muere alguien que tuvo un acento suyo, por lejos que sonase, siempre lo decimos y hasta lo pregonamos; y cuando murió Rafael Romero, no. El silencio estremecido del mar se anilló al silencio de su muerte.

Siempre se publican elogios con orlas. Los leemos, los repetimos, los gritamos a los otros. Y, entonces, no. Abrí un telegrama; y leí con los labios cerrados: "Rafael ha muerto". Luego,

el nombre de su mujer. Yo no dije nada. Los demás que estaban mirándome, también callaron.

Pero, él sí que dijo muchas veces que se iba a morir.

En seguida se nos aparecieron los presentimientos que debimos tener, y no tuvimos.

Nos avisaba de su fugacidad, y no le creíamos, quitándole, apartándole a él para quedarnos únicamente con el temblor desnudo de su lírica.

Un día llegó a escribir:

*Has de ser tú, Amada Muerte, aquella...
la que ha de darme toda
la mar para la sed del ánimo.
Y no ha de ser la otra
que yo más quise, mi salud lejana...*

Ni aún entonces creímos en la promesa de su verdad. Pero, ¿es que él la creía y la aceptaba? ¿No comete el artista un entrañable repudio objetivando lo que le posee y desespera, creándolo con la forma, haciéndolo realidad desincorporada de su vida? Escribió LA UMBRÍA, la tragedia de la familia que lleva la maldición en sus pulmones y en las piedras y en las vigas y en los árboles y en el pan de su casa. Volcó el espanto de su sangre

en las criaturas éuajadas con sus manos. Y había de persuadirse que, desincorporándose su mal, creaba un semejante.

Cuando se viera a sí mismo en sí mismo principiaria el dolor de hombre que no puede valerse ni de su arte. Realidad estricta, sin distancias donde proyectarse; el artista trocado en asunto concreto. Bajo sus ojos nada más que él.

Por las preciosas páginas que Don Miguel de Unamuno escribió para el libro inicial de *Alonso Quesada*, se desliza la figura de Manuel Macías Casanova, un amigo de Rafael Romero, que muere calcinado por un cable de alta tensión.

En ese libro pasa EL COLOQUIO EN LAS SOMBRAS; el viejo sillón vacío era el del amigo muerto, y Don Alonso sueña con torceduras en el seso y prorrumpe: ¡*Ab, el azul del amor!*

En ese libro está EL ULTIMO DOLOR, cuando los ojos clarísimos de la madre dejan partir la luz, sin detenerla; pero el hijo se queda con el sendero delante que todavía ha de caminar desde el principio...

Y en ese libro el POETA LLAMA A LA MUERTE, *¡amada, la eternal!;* pero tiene el monte a sus pies, una estrella y un signo en su mano y el rojo sol encima. Allí le sobra al día oro sin hilar y le dicen al oído, con todo el corazón, que está viviendo; y desde allí se pone atirantado, en la orilla de la isla, y el velero no se aparta jamás del horizonte.

Un aire fino mueve el copo del lino de los sueños. Frescor de la misma blancura todavía con oloroso tacto vegetal; blancura que se desdobra en la mañana tan inmensa y toda embebida del lino nuevo. Primorosa felicidad —su demasiado bienestar de la vida— guardada en las cápsulas maduras de la planta; y cae de las bayas la simiente de la sonrisa rebotando en el frío de los rótulos de la banca inglesa colonial. Gracia y limpidez en la severidad anglicana de escritorio y capilla. Zumba de buen sonido español en atmósfera británica. No lastimará al gerente ni al tenedor de libros ni a la razón social que tiene casa en una isla de fruta y de sol y con un poeta dentro.

Los pliegues de lino envuelven una inglesita muerta. Virgen. Blanca. Leve. Nada. Una hoja de rosa en el azul de un verano eterno.

Está muy lejos la muerte de *Alonso Quesada*.

¿Y después?

Su obstinación es la vida. El silencio encendido y el grito ávido en su soledad y en su hallazgo.

¿Qué hay detrás de la mar para que tienda sus brazos con el ímpetu de un brinco de orilla a orilla? Detrás, el que le llama para que salte es él; él sin isla. Y Rafael Romero es *Alonso Quesada* por la isla.

Tomás Morales y *Alonso Quesada* —ya se juntaron los dos en la orilla eterna— se deben opuestamente a la roca que pisan, a las aguas de sal que les rodean. Las magníficas lumbreras, los filos de la geología recremada, las leguas de distancias, las muchas rutas de los horizontes trasatlánticos, las lonas hinchadas de los veleros, las antenas radiotelegráficas, tránsito de gentes con sus delicias y pobreza por los muelles insulares, les dieron el tono y el sabor y la medida de su arte.

Alonso Quesada es prosista cabal en sus cuentos, construyéndolos y contándolos. Sus muros son firmes, y no dejan transparentar la otra técnica del vecino, más enfadosa si el vecino es poeta y el poeta es él mismo.

Su obstinación es vivir. Vivir espacialmente. Verse a lo lejos. "*Es que era el espacio — Y no sabía serlo*". Pronto él, en su plenitud, atravesándolo porque había de cerrarse con celeridad su órbita espacial y breve.

Y se sumergió en el silencio tan grande y en el silencio de todos, como una lámpara en las aguas de círculos salobres, incesantes.

...Pasado el año de su muerte tan callada, se publican, por generosa voluntad de "ATENEA", las Obras Completas de Romero. La muerte ha completado el camino casi recién abierto. Obras completas que significan aquí que ya no lo serán. Se quedó tendida su mano a lo largo de todas las que no pudo escribir. —Estaba deseando acabar de decirlo para añadir encima lo contra-

rio; pero tendrá más exactitud ponerlo al lado: los libros que nos dejó son cabales; todo él en ellos: rebeldías, infantilidades y torceduras; casa y soledad; acometida de crispado ademán y encogimiento de hombros, con los puños en los bolsillos, sonriendo a los luceros y a las piedras...

¡Si hubiese vivido más! Pero, diciéndolo, ¿no pretendemos disculparnos de haber pasado distraídos junto a su portal entornado?

GABRIEL MIRÓ.

*Odio l'usata poesia: concede
comoda al vulgo i fiosci fianchi e senza
palpiti sotto in consueti amplessi
stenderi e dorme.*

Giossue CARDUCCI

(Odi barbare).

*Sans passion, l'homme n'est qu'une force
latente, qu'une possibilité, comme un caillou qui
attend le choc du fer pour rendre des étincelles.*

H. F. AMIEL.

A LUIS DORESTE, en PARIS.

Noble poeta, amigo único.

CAMINOS DE PAZ DEL RECUERDO

*(Playa. Lunes gris.
Hora del alba.)*

Amanecer de Octubre.

La playa tiene
la vanidosa gracia
del arco iris.

Ha caído del cielo
esa lluvia infantil y tímida
que no quiere llegar al invierno
porque aun tiene rayos de sol que la acarician.

Todo el amanecer
es de una extraña pureza antigua.
El arco iris
con una brillantez de alegoría
curvaba con su seda el vientre enorme
del agrio nubarrón que encadenaba al día.

El mar es como un sueño de mañana
—tal su borrosa paz íntima—
como ese sueño blanco y breve
del hombre de oficina
que quiere dormir siempre
un epílogo de sueño
antes de la ablución sacrílega.

 Mi corazón que es ya apenas
importante en la línea
sentimental de las cosas,
sin embargo sentía
una discreta emoción marinera
y casi una tentación metafísica.

 Pero quedóse al pronto
tan turbado y triste
porque volvieron los pasados días
a recordar las horas solitarias
frente a esta playa perdida...

 Y entonces fué como una sombra extraña
entre la turbia claridad dormida.
¿Era el recuerdo?... ¿Mi camino, entonces,
mayor dolor y soledad tenía...?

*(Claro día. Hogar.
Vienen las emociones
de ayer.)*

El viejo mayordomo,
Juan, el de Guayedra,
ha venido a traernos
las doradas uvas de su viña...

Las muchachas pequeñas
lo han sentado a la mesa familiar
y el viejo ha recontado nuestra infancia
de la que apenas hay recuerdo cierto.

Lleva el viejo en la frente,
que es como un campo antiguo y sosegado,
ochenta años de piedad agraria;
y aun sabe, como ayer, nuestros caminos
que su mano leal guió mil horas.

Y dice, pacíficamente,
como una sorda campana
de mediodía caluroso y turbio,
que una tarde lejana,
camino de la ermita
de la Montaña
rugió la tierra como un dios herido
y el hombrecito —yo— todas las mozas
temblamos de pavor, menos la hermana
de los ojos de mar, la más pequeña,
esta que tiene sobre el hombro mío
las dulces manos de la madre muerta.

Todo lo aviva el viejo
pero lo más perdido
mejor le nace en su memoria y dice:
"Esta es Paulina, la recuerdo ahora
porque está junto a tí. Yo le cuidaba
sus cuatro años de oro... El nieto mío
era moreno como el pan de trigo
que nutrió en casa una salud de árbol...
Perdióse el nieto por el valle dilatado
del Silencio... Decías cada hora:
Este mozo galán
será mañana el bello novio mío.

¿Te acuerdas? ¡Ocho años! ¡Ocho años de amores
sin saber que no es paz la muerte niña...!”

El viejo cuenta. Y como el día es corto
y la noche se acerca y él es viejo
se duerme en el sillón de antigua leña
lugar de todos los abuelos muertos.

El oro del sol
en las campiñas remotas se extiende.
Luego, busca refugio en los cabellos
de Paulina. El campesino amigo
espía en el sueño nuestra infancia entera.
Y la moza, en los surcos de su frente,
le siembra la semilla de sus besos...

III

*(Día blanco y puro.
Segunda emoción de ayer.)*

María acaba de llegar. ¡María
es hoy una mujer que ya ha perdido
la luz, el sueño y el perfume!
Nada queda en María.
Sólo los negros cabellos
que ahora, como ayer, son de la noche.

María fué la moza
que lavaba la loza doméstica
y regaba el rosal de la huerta.
María es la primera de las mozas
que me llama y me lleva de la mano.
En la casa nuestra
María era el cobijo y el calor de los cuentos.

Vino del Valle Azul y era muy blanca
y rosa y fuerte, como las zagalas.

María, temerosa, no tuvo
valor para mirar a los señores.
Sus manos sobre el halda recogían
toda la timidez de su mirada.

Pero más tarde fué mirando el cielo
de la ciudad y sus ojos se avinieron.
Nosotros no adoramos a ninguna
mujer que nos sirvió, como a María.

Ella arropaba el sueño de la infancia;
ella, mientras rezaban los mayores
junto a mi lecho, los inviernos crudos
protegía mi sueño mentiroso.

Yo cerraba los ojos,
no dormía.

Mas, si ella se marchaba, los abría
súbitamente.

Ella tornaba clara,
como una luz, pacífica, divina...

Hoy vuelve y ya mis años se han nutrido
de mucho sol y mucho mar. Mi frente

lleva la huella de la noche eterna
que cruza tercamente sigilosa.

María llega con sus cuatro hijos,
nos llama *niños*, besa a las mujeres
y al volver hacia mí, tiende su mano
que es aldeana, áspera y materna.

Viene un recuerdo nebuloso... Todo
se agolpa en mí con un temblor de sombras
y busco triste, pensativo y puro
la lejana actitud inmaculada
del vientre primoroso que han herido.

María pone las palabras nuevas,
de su voz nueva, sobre mi silencio.
La voz descubre la energía ruda
de su maternidad de aldea noble.

La tarde está en los ojos de María
y en los hijos de cobre de María.
La brisa de los valles recónditos
la traen en los labios
como gotas de agua de la noche
sobre las hojas amanecidas.
¡Oh, el dolor del ánimo pequeña!

¡Oh, aquella timidez antigua!
Cuando las noches eran tan profundas
como hoy es la memoria del pasado
y en los cristales del balcón, el miedo
del duende
espiaba escondido mi sueño
el de los ojos abiertos,
María iba a mi lecho y me cuidaba.
¡Yo era más niño que mis propios años!
—¡No te vayas, María! Cuando recién
te marcharás...!

María me besaba
y se llevaba el miedo entre sus labios
cual si chupara sangre de una herida...

IV

(Camino turbio. Amanecer impuro.)

Tu voz soltera ha sonado
en mi lecho esta mañana.
Pero cuando abrí los ojos
de mi alma condenada
no tuvo fuerzas mi mano
porque en tu voz te amparabas.
¿Cómo, en el camino duro
donde las voces se apagan,
pudiste guardar la tuya
tantos momentos intacta?

Quise un instante que fueras

Amor

extraordinario de llamas
donde yo pudiera arderme
sin salvación. Mas callabas.

Quise conjurar el sueño
de tu voz —maleficio del alma—
y temblé, por si salías
de la prueba, aljofarada
de pudores iniciales...

Pero callabas.

Si tu corazón se eleva,
tu pensamiento lo ataja...

Al fin resonó tu voz
lejos de tí, como un humo
de voz sagrada:

”Estoy contenta de estar
sin una herida en el alma:
Como el mar y como el prado
de los cielos, libre y amplia.“

*(Camino del mar.
Elegía. Día sereno.)*

¡El Capitán inglés..! (¡Oh!, no penséis
en otro Capitán). Perdió su vida.
El jamás hizo sino cuentas claras,
escribió cartas coloniales, firmas
de cheques, pero a veces
ayudaba al cajero escocés
a contar los dorados discos de las libras.
Mis manos, entonces, trabajaban
entre ingleses rollizos, torpes y moralistas...
Rowe era rojo
como una llama en un fanal sumisa;
silencioso y sutil, como un reloj británico,
temeroso del grito español, como una niña.

Una tarde el inglés me dijo: Ahora
yo me marchó a Inglaterra. Sonreía
porque era la primera vez que hablaba
de cosa ajena a libros de oficina.
¡Era un maestro egregio y valeroso
del Diario y del Mayor!
¡Como ejercía el oficio!
Amplio libro de rayas
lampiño y blanco, Rowe nos parecía.

¿Y después? Una carta misteriosa
llegó de la campaña, sorprendida
de traer amistad... ¿Cómo ha podido
esa mano volverse tan amiga...?
"Yo, mister, tengo buen recuerdo suyo,
aunque mi frente
tiene un tachón de herida;
casco germano que ha labrado un surco
por fuera, como dentro
el pensamiento lo labró otro día.
¡Yo no puedo olvidar su playa alegre!
Me acuerdo de su mar... retornaría..."

Y el secreto de su alma
pacífica, sin error,
como un balance de sumas limpias
frente al negro temblor de la muerte
descubría...
Mas no podrá volver, aunque se acuerde,
que su memoria ya no es de él que es mía...

¡Oh, dear Rowe, mis horas de hombre inútil
chocaron con el gris de tu sonrisa:
yo pensé, entonces, que la niebla inglesa
de tu extrañado corazón fluía...!

VI

*(Cruzan los recuerdos
sobre el camino claro.
Día lejano.)*

MI gran amigo el asno
que cargaba el carbón de mi otro amigo
el carbonero de la Plaza, un día
paróse ante la puerta de la oficina inglesa
donde amasaba yo pan hipotético.
Es tan claro el recuerdo y tan gracioso
que llena mi camino de ternura.

Alzó el asno su hocico,
gallardo y sagrado, como una tiara
y lanzó un alarido
que entró por la Caja
y se estrelló en el *Private office*
sobre una pared estucada.

Los presumidos horteras
que tienen ese muy menguado oficio
de reducir las libras áureas
—esas libras
independientes y bravas—
a la moneda diminuta
de otra nación cesante y malpocada,
al oír el rebuzno rieron,
como mozas de taller alborotadas.

El asno, ¡oh, Francis Jammes!
llevaba
sobre el lomo el carbón
más ligeramente
que yo llevo
este pequeño dolor de mi alma.
Tenía el loado color de Platero
pero en la boca, una extraña
negrura hecha polvo
de mascar la paciencia
de su carbón, tan larga...

Y aquel asno era
mi dulce compañero Juan, el muerto.
A saludar venía su anterior morada.

Yo me acerqué a la puerta y ví en los ojos
del asno fiel, una antigua mirada
y una viveza nueva y misteriosa
que daba a su testa claridad extraña.

Y el pobre Juan en la vida no tuvo
ni siquiera una mediocridad regularizada.
Ahora, empero, casi goza
de una infinita paz de Nirvana.

Juntó el asno su hocico a mi oído
y exclamó con su voz de verdad, ya lejana:
"¿Pero sigues igual? ¡Oh afortunado!

Abnegación humana,
premio de eternidad, mejoramiento de casta.

Yo me siento feliz y con una
agilidad psíquica insospechada.

Aguarda como yo, que los caminos
sólo están en el alma.

Hombres de honestidad fingida
ante pupitres, yo los admiraba.

Y así subí tan dulcemente ahora
que el tránsito fatal fué como un sueño

de niño. La Muerte no es nada.
Espera, compañero,
la noche o el alba,
mas sin caminos solitarios
ni dolorosas ansias.
Ven, como yo, por un sendero recto
a la invisible escala.
Te diré el secreto
en una palabra
que es toda la ciencia:
Aguanta hasta siempre. Aguanta y aguanta...”

VII

*(Día más lejano aún.
Sol de la infancia.)*

Mi memoria se pierde más lejos:
Hacia el pupitre de un salón de estudios
con ventanales a un jardín de oro.
Una vez... se posaban fugitivas
las moscas del salón, sobre los libros.
Y como peregrinas, mis pupilas
iban del libro al ventanal querido
por la huella de luz que las alas minúsculas
como una espada de suspiro abrían...
Del ventanal al libro retornaban
ilusorio yantar buscando entre las hojas.
¡Oh memoria! Yo entonces perseguía
entre las letras del amargo libro
mi futuro yantar de hombre completo...

LA MEMORIA SE ABRE. CELEBRA
EL HUERTO DE SU NIÑEZ.

Por la ventana el pensamiento huye
y en un rosal del Huerto se acomoda
y los rayos del sol, sobre las hojas
del libro mudo, inútilmente alumbran.
¡Huerto de infancia! Fué el primer reposo
del alma libre que voló a escondidas
con unas imposibles alas puras
al perdido laurel, frente a los cisnes...
Huerto donde sonaron las campanas
libertadoras, una clara tarde...
¡Las campanas del curso que terminal!
¡Libertad aromada con el Corpus...!

HABLA AL HUERTO LA MEMO-
RIA EMOCIONADA.

Amigo que guardabas tan discreto
todo el soñar del corazón, que siempre

tuvište sol para lavar el alma
manchada de corduras aritméticas.
Agua serena del estanque rosa
con tu oro vivo bajo el agua. ¡El oro!
Todo el primer motivo de armonía
para perder el tiempo, como ahora...
Secretos de emoción —ojos divinos
de la amada más buena, ya lejana—
que en el Huerto ocultamos porque nadie
adivinara el pudoroso sueño.
Cabezas rubias de las niñas nietas
cuando jugaban en el Huerto. ¡El Huerto
en traje de fiesta ataviado...!
Ansia infinita de salvar la vida
de aquel salón, para rasgar el cielo
los días tristes, e inundarte, Huerto,
del sol maravilloso de estos mares...

EVOKA LA PLATEADA FIGURA DEL
MAESTRO MUERTO.

Y cuando el pensamiento iba, pequeño,

por la vereda del deseo infante
unas manos serenas se posaban
en mi cabeza y una voz decía:
—¿Qué miras, hombre ruín? ¿Por qué no estudias?
¿Piensas, acaso, que tu padre es rico?
¿No ves que estás perdiendo horas y horas
mirando el huerto sin mirar los libros?
Voy a mudarte de pupitre ahora.
Ponte junto al reloj... Y así fué hecho.

Mas los días corrieron y con ellos
mi pensamiento se perdió en la vida.
Libros que nunca abrí, libros intrépidos:
algo más dulce hoy me enseñó la noche.
Viejo maestro, el de la voz de plata,
tu figura la veo iluminada
por la luz de mi recuerdo vivo.
Cierto que fueron para mí tus manos
mucho más buenas que la ciencia exacta.
Al sentir las en mí, adiviné esas cosas
que hoy dan orgullo a mi dolor inútil.
Esas manos guiaron el camino

de una bondad de superior prestigio.
¿Ellas me hicieron bueno? Mas ¿soy bueno?
No sé... Quizás otro lejano día
he de encontrarte en el Celeste Huerto
y serán tus palabras:
—¡Bien hiciste
en buscar la verdad, dentro del mío...!

VIII

*(Camino de la aldea.
Amanecer. Una mujer
aparece.)*

¿Quién eres tú, mujer? ¿Crees que pasa
mi corazón alegre porque sonrío y te miro?
¿Sonríes tú también y no puedes creerme,
tal que si fueras mi secreto mismo...?

Y es que no sabes que mis horas pasan
heridas por las manos del camino
y que el dolor me alegra porque el alma
perdió el dolor o lo creyó perdido.
El alma se halla conformada sólo
sintiendo cerca un corazón herido
pues que no sirve corazón sin pena:
porque la tiene se contenta el mío.

Mujer: se han de mirar los corazones
ajenos con el propio pensativo;
que el tuyo aprenda a amar mi amarga historia,
que el llanto aprenda su dolor conmigo;
que tengas sangre bajo el pie que hollaran,
las piedras duras, por hacer camino...
Y luego, ven. Yo seguiré mi ruta
andando, andando, con mi amor furtivo...

IX

*(Camino de la aldea.
Mañana clara. Otra
mujer aparece.)*

¿Otra mujer? Dorada y triste viene,
en los ojos la sombra de las horas...
¿Cuántos días tuviste
de tristeza pacífica en tus ojos?
—dice mi voz cansada.
Ojos amargos y solos
¿qué miráis cada instante tan lejos
que a su alma llena de dolor tan pronto?

Muchacha extraña y vaga: nada viene,
nada vendrá por el azul remoto.

Los sueños del alma no se alejan
ni un minuto siquiera de nosotros...
Pero déjame andar:
Tiene tu gracia corporal exceso de oro...

X

*(Camino de la aldea.
Mediodía. Una tercera
mujer aparece.)*

Por un momento un nuevo amor me tienta
en la tercera que salió al camino,
porque es más blanca aún y está llagada
del corazón, que es un juguete fino.
Es un juguete, aunque el amor ajeno
una discreta utilidad de amores
ponga en su puro vaso cristalino.
He visto la luz de ese amor
por más que lo guarda escondido.
Contemplo sus ojos
y, graciosamente, digo:
—Al acercarte tú, ningún secreto
puedo mirar que no esté en tí dormido.

Mi camino es mañana: soy mañana.
Cuando despiertes, el ayer perdido.
Pero si aciertas que en mi encuentro extraño
tu corazón quizá una huella ha sido,
nada tu corazón hará mañana
que no lo acerque, tembloroso y niño,
a la melancolía del recuerdo,
a las dulces quietudes de mi olvido...

XI

*(Camino de la aldea.
Atardecer. Otra mu-
jer aparece.)*

... **Y** ya seguía la ruta. Y otra moza
paró mi paso, más pequeña y sana;
el halda corta y el mirar discreto
por no saber cuál es mirar de Amada.
Y dijo: —Soy Dulce María. Tengo
mi edad alegre y cercana,
mas quiero ser mujer y ser tu amiga:
tú me darás lección y yo esperanza...
—Dulce María presurosa, ¿quieres
tener más años antes de mañana...?
¿En una tarde oscurecer pequeña
y amanecer crecida con el alba...?

¡Oh!, tú, mujer del sueño adelantado
que abres, sin tiempo, tus pupilas ávidas:
veo que estás buscando entre las nubes
más años para tí... Si los alcanzas,
¿serás mejor mujer o son los años
iguales...? ¡Sólo un año tiene el alma,
un año tan pequeño y tan eterno
que los años de Dios no importan nada....!

XII

*(Fronteras de la aldea,
Anochecido.)*

¡No han sabido
donde puedo acabar este sendero!
Aunque sus ojos alumbrarlo quieran
les falta luz para llegar tan lejos...

La luz es tuya solamente, Amiga,
única dueña del Poder secreto...

¿Duermes? Quizás, porque en la dulce noche
me está rozando el corazón tu sueño...

XIII

*(Regreso de la aldea.
Final de la noche de-
solada.)*

Grito de mi cabeza
que estás rebotando loco
entre las recias paredes
del cráneo maldito,
¿qué mano es esa, misteriosa,
que oprime de pronto
la invisible boca
y en pensamientos extraños
te ahoga,
y hace de tí, grito,
mar de sonoridades silenciosas...?

DOLOROSOS CAMINOS

I

*(Calle solitaria.
Atardécer.)*

Sombra ebria. Un amigo de ayer.
Calle de la ciudad; el oro
vesperal de un brusco golpe
se sumerge en el fondo
de la montaña azul.
El recuerdo brota en mi sereno olvido
como un punto de estrella, rojo.

El amigo arrastraba las cadenas de sus brazos
por las paredes de las casas. Era
cual si fuera a filtrarse silencioso.
No dijo adiós porque la boca estaba

claveteada de amargura y de enojó...
Es el amigo que no dice adiós
nunca, el amigo que lo olvida todo,
que busca la memoria mirando hacia dentro,
como si buscara una moneda
en un bolsillo roto.

La sangre andrajosa de su estirpe
tiraba de él por el labio desdenoso.
Yo sentí el roce de su silencio dilatado
atravesar tímido mi corazón absorto.

La mirada tardía
era como un horizonte de plomo.
¡Pero en aguas de su corazón
mojó un instante los ojos...!

La noche cruzó cerca. Pero hubo
un espacio de noche entre los dos y un poco
de amor antiguo. Pero la amistad
no acertó a ver la mano vieja en reposo.

Cogió la calle, se llenó de calle
y de portalones oscuros como bocas de lobo.

Se arrastró por la acera trabajosamente
cual un corporizado sollozo.
Dejó olores de aromas mendigos,
un perfume de sangre de loco
que amontona las horas y se bebe las horas
con la sed infinita
del que aún tiene su tiempo remoto...

II

*(Tarde invernal. Frente
a la playa.)*

¡Hasta la orilla nada más! La noche
es como si a la orilla se acercara.
Hoy llego hasta la orilla
y se oscurece, súbito, el sol
sobre las aguas.
¡No es posible el camino!
He de esperar la silenciosa barca.

Y el pensamiento incómodo labora
en mí y no puedo perdonarte nada;
¡no puedo perdonarte esta condena
de isla y de mar, Señor...!

Una montaña
negra y una montaña azul, y tiempo...
¡Tiempo para contar estrellas en la noche
y quedar noche aún para esperar el alba...!

III

*(Noche invernal. Las
lámparas han muerto.
Galerías estrechas.)*

¿Es la hora profunda y verdadera?
¡No puede ser esa terrible hora todavía!
¿Pero esas siluetas de sombra que pasan?
¡Ese roce de hielo es la hora...!
¿Qué sientes...?
Dentro de una campana de oscuro silencio,
siento encima de mí derramar tierra;
pero oigo al través de la tierra
resonar las agudas palabras.
¡Y mis pupilas han quedado abiertas
y el ejercicio de su luz no acaba...!

IV

*(Alba. Las campanas del alba
perdidas en el silencio. En el
ventanal de la casa.)*

¿Cuál ha de ser?

Has de ser tú, Amada Muerte, aquella...
la que ha de darme toda
la mar para la sed del ánima.
Y no ha de ser la otra
que yo más quise, mi salud lejana...

¿Cuándo será el arribo?

Acaso mañana.
Mas no me importa si tu mano traes
para una compañía bienhallada.

Siento ya el íntimo calor
de tierra honda que en la mano guardas.
La fría transparencia
de marfil de tus dedos engaña,
pues el latido está en tu mano seca
como la sombra en la silueta humana...

V

*(Calle en el alba. Caminar
desolado.)*

¿Para qué el alma...?

Pero sí, mi alma...

El alma pura
cual una remota y divina llama.
No esta condena corporal, Amigo:
tu cadena feroz, tu maldita cadena.
Rodará bajo el sol deslazonada,
tu propia mano ha de librarla un día
de la amarga y terrible certeza...

¡Oh, el día libre y luminoso,
el rojo día de la verdad completa!

Mi corazón, liberto,
llegará al fin a la lejana senda,
a los celestes caminos privados,
a los linderos prohibidos de tu Huerta,
aunque no quieras tú, Señor,
aunque no quieras...

VI

*(Calle comercial.
Mediodía africano.)*

De pronto sentí un hastío infinito...
Parecía que de mí corazón iban saliendo calles,
calles rectas de una ciudad lenta y gris.
Sentí un rumor trepidante en el fondo del alma,
las calles tiraban de mi corazón.
Y esas voces de polvo, esas palpitaciones urbanas
de los hombres de hongo y de bastón,
removían acremente un pedazo de conciencia
que aún mantenía vivo el dolor.

Calle villana era mi vida inútil:
cuestas de piedras, yerba entre las piedras,
como alegrías viejas... ¡Un montón

de escombros en una encrucijada...!
¡Pereza de campanas de mediodía, sordas!
Y ese trabajo de hombres adormidos
por las cuerdas del sol que atan las manos.
Tal la visión del mediodía ardiente.

Hacia mi pobre corazón venían
las cosas de la calle,
esas vulgares cosas sin explicación
del que mete la mano en el bolsillo
o del que mira reflexivo su reloj.
Yo tenía dentro todos los relojes de la calle
y llegó a ser mi corazón
como un bolsillo que tuviera manos
llenas de aburrimiento y de sudor.

La calle, sucia, como plomo viejo,
hasta el fin de mi alma llegó.
Los hombres huían lentamente por ella
llevándose el tiempo
y dejándome un trágico espacio acreedor.
¡Nada!
¡Todo era como para lograr la Nada

otra vez! (Acotación
del pensamiento
creador).

...Pero siempre la Muerte, el hastío en el cielo.

¿Y la muerte? Quizás un hastío mayor.

Todo se prolonga como cualquier calle

y se mueren los hombres

también, como yo...

¡Se morirán de nuevo!

¡Morir es la nueva vía de la prolongación...!

VII

*(Domingo. Camino
solitario de la aldea.)*

Este niño está solo en el camino.

El niño es como yo, que tiene miedo.
Se va a perder y yo no puedo nada.
No tengo voluntad ni sentimiento.

Los infelices ojos me acarician
y llegan hasta dentro
pero no me remueven el alma...
Se han perdido, solos,
como en el mar los míos se perdieron.

El niño dice: ¿Dónde va el camino?
¡Siempre empieza este camino
sin acabar el comienzo!

Yo le respondo:

Es un camino nuevo,
a cada instante empieza misterioso
sin llegar nunca a ser camino viejo.

El niño llora, pero yo sonrío.

Y es que el dolor del niño está muy lejos
de mi dolor, que es un dolor cortado,
frío dolor sin sombras y sin eco...

VIII

*(Calle de la ciudad.
Caminar desolado.)*

Un jesuíta pasa por mi lado.
Mira punzante y se va.
¿Me conoce? No importa.
Soy el gran enemigo local.
El sordo enemigo que no saluda
al obispo. La impiedad
corporizada.
Un mudo corolario
de pedantería liberal.
Demagogo, como el barbero de la esquina,
ateo espectacular.
Sanguinario, como un persa;
sindicalista, como un catalán...
Luego

mi celebridad
es sencilla.
En este lugar de ultramar
uno puede ser ilustre
con facilidad:
no saludando al obispo
y dejando la testa cubierta
cuando cruza su Divina Majestad.

Luchemos. Una tarde, un letrado
dice: ese idiota me revuelve el mal
interior, cuando lo veo
pasar.
Como un taladro, su memoria
desde la coronilla al corazón me va.
Y ya véis, uno pasa
sin luchar
pacíficamente
como un anciano fiscal
y está luchando sin saberlo
con un abogado astral.
Corren los años. Uno no ha sido nada.
Se muere, sin variar,

después de haber fumado
su pipa
como un viejo marinero
a la orilla de la mar.
Y ha acabado su lucha.
¿Cuál?
La lucha de una sombra
con una posibilidad...
Orgullo. Llega la muerte del mes
y uno no tiene dinero. ¿Qué más da?
Pero compra un libro... uno...
Los *Ensayos* del Sr. de Montaigne.
Y la vida solloza entretanto...
Vamos camino de la ciudad
hojeando el libro,
como un número humano más.
Pero el médico obstétrico
o el especialista en el sendero intestinal
cruza con el hongo de sus aprobados
sobre la sombrera craneal.
Mira y —¡vanidoso!— exclama
desde el fondo de su ciencia de hospital.
Y uno va leyendo el libro
sin sospechar nada, en paz.

Y después viene esa cosa, oscura y fría,
que llama la Intrusa
el excelso poeta
don Polidoro María Bernard
y uno se vuelve hacia arriba
con una hinchazón lívida y teatral...
Y ese es el orgullo insospechado
de nuestra magnificencia terrenal.
El ojo psíquico del clínico
no falla jamás.

Y luego... necrófagos
y esqueleto final.
Ha pasado sobre nuestra vida
la estulticia de la historia provincial.
Pero hasta el mismo fondo del osario
roe la carcoma de la gris igualdad.
Y los huesos romos
luchan con la tierra vanamente.
¡Oh! si pudieran taladrar la tierra
ellos, infinitamente más
que un rayo celeste

hasta hallar
el hoyo más profundo
de la única entraña solitaria...

IX

*(Noche. Regreso. En la
ventana, frente a la soledad de la noche.)*

¡Ah, esa esquina terrible!
Mi corazón se va, fatalmente, a la esquina.
La eficacia de mi emoción se corta.
Hay una esquina
de arquitecto rural, a cada paso,
en el alma de esta ciudad
donde estoy sumergido.
¡Esquina maldita...!

El sueño se trunca por el sobresalto
vil de detrás de la esquina.

Por el acantilado un día
rodó mi emoción hacia el mar.
Por el precipicio
de la montaña, un día,
se estrelló mi ilusión y se plasmó en la muerte.
La muerte es la visión de una pirámide
infinita y lejana
sobre la palma de una mano
más infinita aún...

La esquina es la asechanza
vulgar, el perfil humano.

X

(Viento africano. Rumor profundo de soledad agitada. En lo alto del camino árido.)

¡Oh, el cielo baja
como una losa de tumba!
El corazón cautivo se desprende
y suena, alma adentro...

¿Ese hombre del camino
me extiende su mano?
¿Es que ve, como yo, el peligro infinito?
¿Es que está alto su cielo y me lleva a su cielo?
Cierro los ojos. ¿La mano me guía
por un inverosímil corredor estrecho?

¿Mis hombros no rozan las paredes oscuras?
¿Es esto silencio...?

Elévase el cielo.
Otra vez sobre la tierra
el viejo azul se ha abierto...
¡Es que yo era el espacio
y no sabía serlo...!

XI

*(Camino del bosque. Sol.
Mañana luminosa.)*

El sol aparece, gracioso,
detrás de una nube... Vuélvese a esconder.
Una sombra de cobre brillante
me deja en la frente.
La mañana, mañana de Oriente remoto.
El aire, vivo y caliente.
Retorna el sol y se queda en los cielos
solo, día adentro.
Lava en los montes. Arena infinita.
Infinito mar.
Todo brota del alma
con un salvaje prestigio de resurrección...

Y sin embargo... hastío.
El diamante sutil de mi hastío
con maldad de muchacho, cortaba
poco a poco el cristal de los cielos purísimos...
¡Es demasiado bienestar, la vida!

XII

*(Día invernal. Refugio
en la biblioteca. Canción
disparatada y angulosa.)*

Llueve. Estoy acurrucado
en los estantes de la biblioteca.
Viene a mí el conocido caso
de cerebración inconsciente.
En la mano, Diógenes;
en la mente, el hongo
del médico vecino.
—¿Qué será de este hongo bajo la lluvia?
 Mi corazón se estremece
al presentir sobre la copa
caer las gotas duras...
¿Así será —pienso—
la primera sinrazón de la locura?

¿Unas gotas de vidrio cayendo
sobre un cerebro-hongo, implacables?...

¿Por qué tengo yo este libro
en que se habla de Ninón de Lenclos?
Yo lo he comprado ahora,
hace un instante
junto con la República de Platón
y una comedia de Sir James Barrie
—Mary-Rose.—

Tengo el libro en la mano
y digo: —¿Por qué el doctor
no se evade del hongo
si el hongo es una mano negra
y curva que aprieta desde la cabeza
al corazón?...

Un hombre con un hongo
está suspendido en el aire.
La mano-hongo lo levanta
como a un conejo apresado
el cazador.

Vuelvo a hojear los libros.
El libro de Ninón

me hace sonreír. Ninón era un filósofo
del Amor.

La veo vieja, conservada,
anacrónica y llena de sopor.
El hongo del médico
tiene la misma visión
de curvatura y de encartonamiento
de mademoiselle de Lenclos...

Llueve. Las horas parece
que se han puesto como los libros,
derechas, con el lomo hacia fuera.
Estoy entre las horas y los libros.
Me acojo a los libros
como si fueran un seno de amor.
Mi pensamiento es el propio estante.
Un libro aquí —Tolstoi—
Shakespeare allí. De pronto
el alma se desprende —Hugo—
y sube —Verlaine— Hoy
es un día ramplón.
El día de la nada. (Aniversario
de la Creación).

Todo tiene los negros y resbaladizos
contornos del hongo. Dolor.
Pero dolor vacío, cohibido, idiota,
volador...

Alzo las manos como un alumno
de declamación;
lanzo un suspiro dramático
y una maldición.
Y después, con esa vulgaridad doméstica
con que se recogen los hilos de un ovillo
de algodón,
meto la mano en el pecho
hacia el lado del corazón.
El corazón, amaestrado,
se acerca, como un gorrión.
Mis manos lo apuñan vivamente
y lo arrojan, como el ovillo,
por el balcón.
En la calle rebota
sobre el hongo del doctor
que entra.

TABLEAU.

XII

*(Medianoche en lo alto
de la montaña. Sere-
nidad infinita).*

¡Silencio!...
Silencio,
lazarillo piadoso de mi alma...

INTERMEDIO ELEGIACO

Tomás Morales, poeta.

SIEMPRE.

*(Camposanto. Frente al
sepulcro del poeta).*

Siempre es la palabra última:
La honda palabra de la raíz eterna.
A tí se te metió el *siempre* en el alma
como un harpón agudo que la fijó en la tierra.

Tu pequeña sonrisa,
tu sonrisa de niño
que tiene huertos dilatados
y una amplia casa gris
en el solar antiguo de la heredad austera,
—niño que abre los ojos a los frutales ebrios
y alza hacia ellos las manos vivamente

con la novelería de las sorpresas—
tu sonrisa tranquila es un hueco terroso
que ya el Siempre ha llenado de lividez perpetua.

¡Oh!, tu amor campesino por la humedad nocturna
se hizo húmedad nocturna,
—¡la salud de la tierra sobre tu frente yerta!—.
Y se cubrió de *siempre*
el camino de tu pensamiento,
camino claro
como el bienestar de tu vida, recta.
¡Tu corazón se esparce ahora
lentamente, bajo la tierra...!
¿Qué fué de la graciosa dejadez de tu alma
que hizo del tiempo divino
una alba bolsa sin fondo
donde el oro
vertió tu mano joven y entera...?

En el arca hermética
donde encerramos tu cuerpo
de marinero rudo y pensativo,

penetró, cauteloso, el silencio.

El silencio es: *Siempre*,
con un velo negro.

¿Y después? Vanidad.

Imposibilidad. Tristeza.

Sobre la tierra y las flores

cayó la enorme losa

de los amigos literarios de la muerte...

Pero Dios no puede librarnos de nada.

Dios es una estrella lejana y pequeña;

yo miro la estrella y sonrío

porque acaso pudiera apuñarla en mi mano.

Te quedó solo y verdadero el *Siempre*.

Tus ojos cerrados

apretaban el *Siempre*

como un sollozo de hombre unos labios...



CAMINOS SILENCIOSOS

*Este lugar de la historia
es como un lugar en ruinas.
Una rara impresión de Madrid
que también pudo ser impresión de la China.*

*El errante poeta
no logró nunca, aunque él se lo imagina,
arrancar del fondo del alma
el duro sollozo de su vida.*

*Y es un pedazo de visión intacta,
es una extraña mutilación lírica.
Parece la voz del poeta
un agrio estertor, que una mano amiga
va acallando, piadosa,
en las fronteras de la boca misma.*

I

*(Mañana en la ciudad
forastera. Luminosa in-
quietud).*

Esta mañana tiene
esta ciudad cortesana
un color rubio, casi azafranado.
La luz de mis ojos
abre caminos de color extraños...
¡Qué estrecha, no obstante, es mi alma!
Quiero extenderla sobre los lejanos
contornos de la ciudad y apenas pasa
del tembloroso límite de mi mano...

¿En qué lugar está la perspectiva cierta?
¿En el rincón atlántico

sobre el solemne mar o en los caminos
de estos hombres rápidos
cuya es la hora tan breve
como una diminuta mirada de paso?...

 Mi vida se sumerge cada vez
en un olvido recatado,
tenue, sencillo,
sin rumor de memoria, exacto.
Pienso y hablo:
"Mi alma es ya como una reliquia,
sin valor lejos del lugareño prado..."

II

*(Mediodía de la gran ciudad.
Camino sin fin).*

Otro día. Yo soy el hombre solo
de la ciudad. Éste que va a mi lado
lleva una sonrisa, aquél un gesto
de dolor, en los labios.
Esa mujer sobre la boca, dos colores;
ese niño, un balón
como la luna llena, en la mano.

Mas yo no llevo nada. ¿En mi ciudad,
lejos, lo dejé acaso?

La memoria recuerda:

¿Qué fué lo que dejé, que se ha perdido
entre los turbios recuerdos del alma?

¿Qué era lo necesario
en este momento

de seca soledad infinita y oscura?
¿De qué llenar este silencio hurraño?...

Golpea el silencio mi corazón ansioso
por arrancar el grito emocionado...
¡Y el golpe suena como en los sueños fatigosos:
la mano dura sobre un yunque blando!...

III

*(Llanura castellana.
Atardecer).*

¡Soledad!

Soledad de este nuevo camino:
mi otra soledad de dentro, roja,
roja y caliente como sangre, ansía
tu dulce y dilatada mansedumbre...

Soledad del camino de esta tierra lejana:
que sea mi silencio tu intacto silencio.
(El alma esclavizada
de quietud fría y de dolor helado,
consume sus recuerdos
en un trágico exceso de ayeres
y en la terquedad de un presente reacio...).

IV

*(Camino de otra ciudad
ignorada).*

¡Huir!

¡Ese adiós divino
a todas las cosas!
Adiós siempre, fugitivo.

¡Huir!

Es ahora la noche más amplia;
mi corazón recobra un frescor primitivo.
Entre el húmedo amor del alba silenciosa
vuelve mi encarnación de personaje tímido.

Cruzo por la ciudad
con mi fulgor más íntimo...
Y apenas siento el roce de mis pasos
en mi sereno corazón perdidos...

*(Calle alegre. Ciudad
blanca, iluminada.)*

Noche de Cádiz. Una sombra a mi lado.
El perro de bronce que es Castelar me sigue.
Larga sombra despierta, acuciadora
de los pobres viajeros solitarios...
¿Qué puedo hacer de noche en esta blanca
dulce ciudad de mármoles intactos?...

Rumores de alegría atropellada:
alegría de soles andaluces y usados.

¿Y por qué esta alegría
cae como un pedrusco inesperado

sobre el cristal de mi ánima doliente?
¿Cierta es la eterna armonía brillante
de la ciudad, o es falso
su vino —vino de una alegría
supersticiosa y débil
que resbala cual restos de una lluvia
por la temblona gárgola de un labio?...

VI

*(Camino del puerto.
Noche de claridad
africana).*

Todo se agolpa en la existencia mía
sin llegar a fundirse. Ahito de silencio
las divinas palabras se precipitan
en lugar de brotar, por el camino
secreto
que tiene el alma,
hacia la recóndita cripta
del sueño
y de la nada infinita...
¡Palabras! Yo no sé lo que busco,
ni si es de puro amor o de rencor impuro
la llama que ahora siento arder en el alma,
ni si es pensativa

o desesperada
mi razón maldita,
ni si mi ánima es
codiciosa o esquiva.

Sobre el mar que mañana me llevará de nuevo
a las playas remotas
donde retuerce su esterilidad mi vida,
tiendo los brazos, y el sollozo inmenso
del mar agranda mi sollozo humano.

CAMINOS DEL MAR

I

*(Sobre el Atlántico.
Tarde tormentosa).*

Mar doloroso
de amor y de misterio,
voz eficaz para los corazones
del mañana seguro y eterno:
encarcelado siempre dentro de yo mismo,
voy sobre tí, para anularme, lejos...

Aunque todos aquellos lugares
tienen mil solitarios senderos,
no hay otro silencio reflexivo
allí, que mi silencio...
En la tormenta de esta tarde áspera
viene hacia mí el tormentoso sueño:
mi cotidiano laborar estéril
para alcanzar al fin la misma muerte

de doméstico dolor,
de abandono familiar
y de médico...

¡Oh, cómo vibra, centelleante y puro,
el relámpago gris de mis recuerdos:
el pan, igual que ayer, un pan mendigo,
el dulce pan cristiano que era nuestro!

¡Y el corazón hastiado
ante otro corazón, escondedero
de miserable condición humana
del hombre que lo lleva sin tenerlo!...

¿No hallaré paz, ni al retornar ansioso?
¡Oh, el ansia triste del viajero enfermo!
Todo será lo mismo que otros días,
ya por más días, más amargo y negro...

Igual el adiós de la calle,
la misma sombra sobre el hogar hambriento;
la espeluznante plebeyez del alma,
y el rencor leguleyo...

Y después, un Dios,
cada vez más viejo
que nunca pasa y lo detiene todo
ante el espanto de mis ojos ciegos.
Es harta cosa ya. Todas mis horas

como una hora nada más se acercan.

El camino nuevo
es más antiguo y doloroso
que el camino de ayer...

¿Dónde está el tiempo?

¡El tiempo que anda y se lo lleva todo:
amor, dolor y pensamiento!...

II

(Playa de la isla. Serenidad inesperada del alma. Luz de oro sobre el mar).

En las orillas de esta playa negra
deténgome a aguardar silencioso el Retorno:
mi Retorno sutil.

El mar me enseña lo infinito
que hace al amor la pura consecuencia.

El mar es el maestro de lo serio,
de la salud y de la fortaleza.

Mi alma, sin el mar, sería un alma
sin porvenir en el Celeste Prado.

Aprende con el mar a forjar oro
de sol en las entrañas de tu vida
y a guardar por el día las estrellas,
que es cuidar, económico, el futuro.

¿Mañana he de volver y en otra hora
he de quedar en el Misterio vivo?
Clarosonante, luminoso, eterno,
el mar vendrá a mi mano y de mi mano
brotará el mar que me enseñó el Secreto.

Amigo mar, el de las claras luces,
que acercan la esperanza y hacen puro
el pensamiento
como un puro horizonte;
yo he visto un día allí, ¡oh mar sereno!,
en la maravillosa lejanía
arder mi pensamiento, dilatado
por la mano de un mar invisible.

Amigo el mar, que das las hondas nuevas
al corazón y limpias la pasión de la tierra;
amigo el más querido de la noche
pues siete estrellas de tu seno nacieron.
¡Oh, mar de prodigios! ¡Oh, firme certeza
de todas las cosas remotas y aladas;
diamante de violentas claridades,
inundación de pensamiento mío!...

Mar de la tarde, frente a la montaña

árida de la tierra abandonada,
¡cuantas veces el alma temerosa
del propio ardor se sumergió en tu seno!
Mar de la noche, el del sagrado sueño
sobre el herido lomo de la Atlántida.
¿No fué la victoria de ese gesto el triunfo
del Infinito sobre el Sol, vencido?
Mar matinal, el de las sanas brisas
para el hogar y la mujer y el hijo,
para el sendero de Jesús dispuesto
y la alegría de la casa nueva.
Próvido mar que refrenó la angustia
del corazón el día que mis años
mozos se hallaron solos, sin camino
frente a la inmensidad de tu silencio.
¡Mar portentoso, armonioso y noble,
para esperar eternamente, libre
de odio y rencor, confirmación eterna!...

Ahora siento que llego de lejanas
playas doradas a esta negra playa...

.....

Noche de pronto sobre el mar. ¡La noche!
Los dedos de mi mano entre las sombras
roces de sombras más sutiles sienten...
¡Mar sobre mí, dentro de mí, infinito!
¿Qué voz es esa voz que llega?...

El mar ilumina un instante
con sus llamas de plata
las orillas de ébano.
Y la voz resuena
más temblorosa y ávida
—mi propia voz que hace temblar mi vida
y apagar las estrellas y mis ojos.

DICE LA VOZ

¡Tu alma será un torrente de armonía
sideral en la vasta planicie celeste;
una herida de luz en las noches latinas
sobre el sueño burgués de los lagos de cromo;

un profundo secreto de espacio,
una inmensa pasión
sin amor ni dolor contenida en lo eterno!

CAMINOS DE AYER

*(Verano. Quietud. En
la encrucijada del monte.
Montañas áridas. Mar
lejano.)*

¡Qué mal está eso de la eternidad!
Nada nos queda que llevar a ella.
Vino, amor y mujer, odios y sombras,
todo se pierde al ser eterno, amigo.
La eternidad es una mano abierta,
larga y disecada.
No hay un signo secreto para tí.
Entras en ella y no se cierra nunca;
hasta el hielo de mano enemiga
evocarás, desconsoladamente, allí.
La eternidad es un macizo foro,
quizá un lienzo clavado

en la última muralla del fin.
Es un vulgar cartel de letras oscuras
que dice secamente:

”La eternidad está aquí.”

Y así puedes saber cual es el término
de lo percedero infeliz,
donde va la llanura inevitable,
como la eternidad has de sentir:
sólo en las letras infinitas tus pupilas
heladamente fijas.

¡La eternidad es así!...

II

*(Tarde en el camino de
la aldea. Quizás...)*

En el sendero está la misma piedra
de ayer. ¿Quién ha pasado
en la tarde tranquila sin mirarla,
si ella espera la luz de las pupilas
para ir haciendo un caminito humano?...

¡Mañana ya estará en la encrucijada
con la humildad de esa mendiga eterna
de los caminos solitarios!...

(El silencio
se aquieta, como un viento, porque brote
con infinita claridad de oro
la mirada cordial de mis pupilas.)

III

*(Alba de otoño.
Camino temeroso.)*

¡Blanca sombra de la madrugada!
Un féretro blanco
y unos hombres monótonos que lo cargan.
Entre el frío del silencio
cruzo yo como una luz movediza y vaga.
Paso a paso
va mi alma:
—¿Por qué lleváis entre el recato
de la paciente noche
este muerto, ¡oh!, hombres señeros?
¿No tenéis vanidad funeraria?
¿Por qué sin los cortejos
austeros, de chisteras
y de levitas largas

separáis de la vida,
tan desnudamente, vuestra carga?
Los hombres responden:
—Fué una mujer silenciosa;
esa eterna mujer de la ventana
que lanza siempre de unos ojos turbios
una mirada clara.
Ella quiso este entierro
breve de la madrugada.
Murió de ese dolor
que nadie ha descubierto todavía
y que todos,
supersticiosamente, callan.

El andar de los hombres prosigue.
Yo voy detrás también
como otra sombra blanca...

IV

*(Calle populosa. Camino
perdido. Atardecer.)*

Mi ciudad diferente,
¡diferente e igual!
Hombres con la misma palabra,
la misma alma y el mismo vagar...
¡Señor!
¿Será siempre mi alma esa losa de piedra
que aplasta en la sombra mi sensibilidad?
¿Mi corazón ahora se torna de nuevo
intolerablemente audaz?...
¿Esta ira amarga del pecho desnudo
es mía? ¿Soy acaso un salvaje
azotado de mar
o un hombre solo
como un fantasma rencoroso

y amarillo, que cruza la ciudad
roído, carcomido hasta la entraña
de su hastío animal?...

V

*(Noche. Camino del
solitario hogar.)*

Hay una laguna de paz en mi historia
y por eso el alma se apresta a surgir
iniciada de extraña convalecencia,
granado el pensamiento por la idea sutil.

Bienapresa el alma, un instante mira
el camino ideado de su porvenir...
La palabra es más quieta y más dulce.

 Mi rostro de piedra en la noche
luminoso destaca su agudo perfil.

VI

*(Camino matinal.
Primavera amorosa.)*

¿El hogar laborado tiene un valor seguro?
Yo tengo ahora una perspectiva
de hogar en esta pura mañana.
Pero como
mi palabra
es casi muda
y cada vez más lejana,
seguirá el camino
sin la mano necesaria.

¡Ah, si hubiera puesto en mi conciencia
alguna vez el olor y la alegría
de estas maravillosas retamas

y no el viento arenoso
de una complicación disparatada!
¿Pues qué soy yo sino barro frágil,
y qué es mi cuerpo sino orza de barro
con miel de sueño en las entrañas...?

ALIVIO DEL ALMA

Final de los caminos.

*(Pascua de resurrección.
Camino de la clara aldea).*

¡Otra vez el amor!... Yo no sabía
que era el amor. El corazón alerta
dejó el recuerdo y despidió los sueños.
Luego cerró para el amor la puerta.

Mas ayer noche yo sentí que abrían
hollando el alma con graciosa huella,
trayendo sueños al recuerdo antiguo
de un nuevo aroma en juvenil esencia.
Hurto piadoso al corazón le hicieron,
quedó en el alma rota la Promesa;
docta en el arco del muchacho ciego
certeramente disparó la flecha.

Y en el silencio yo esperé el pasado;
no era la misma la que hirió certera.
¡No era la misma! El corazón reía:
dos claros ojos infantiles eran...

Toda mi vida se juntó a tus sueños.
Domada el alma, ¿qué has de hacer con ella?
¿No será tarde para mi retorno,
temprano aún para tu edad pequeña?...
¡Oh, nueva moza del Amor! Mañana
yo no sabré si mi dolor se aleja,
mas no te lleves esos años niños
ya que han estado junto a mí, tan cerca.
Si es tarde para mí, no importa nada.
Tu desamor ni lo veré siquiera:
cuando tu corazón se olvide, el mío
será un oculto corazón de tierra...

*(Camino del monte.
Año de gracia.)*

... **Y** al fin llegaste con amor distinto,
con el único amor de mi trabajo.
Eres dorada y fina, pero tienes
un moreno valor dentro del ánimo.

Hemos hecho el camino
hacia los montes; a pie: camino áspero.
¡Sol y silencio! Un leñador te mira
porque eres viva y tu mirar es claro
y las pupilas leñadoras tienen
lentitud luminosa y mirar más huraño.

¡Yo vi entonces en tí
que se nutría tu espíritu
de mayor claridad...!
Tu corazón es como un árbol.

Y tu ensueño
como las pensativas noches de estos campos.

Te vuelves de pronto hacia mí,
—vas como una corza, delante, guiando—
te vuelves hacia mí
y tu amor maravilloso
de natural maternidad rociado
me lleva cuidadoso
de tu delgada mano...
¡Amor eterno, reflexivo y serio
como el silencio del arado en tierra!

Cuando acaba el camino,
sobre la cumbre azul, el viento azota
el rincón aldeano de tu alma
y sobre el amplio llano verdecido
me siembras la verdad de tus palabras.
¡Día primero del Amor! Mujer,
toda mujer para una vida. Sana
compañera perfecta de una idea
más mía cada vez: escucha y calla.

Escucha el agua del arroyo, escucha
su remoto rumor. De la montaña
viene un eco profundo y sensitivo...
¡La emoción de la tierra es el agua...!

Al retorno, el crepúsculo de oro,
de acero y de fuego,
la quietud de tu asombro amoroso decora.
¡Es más que silencio!
El olor del hogar cercano
—leña y aroma de tu alegre limpieza—
se pone contento.
¡Contento está el olor! Llega a tus labios
y se hace un punto de color en ellos.

—¡Abre la puerta, igual que tus brazos!
Y la casa tiembla igual que tu pecho.
Y ahora es tu aroma de mujer intacta
que alquitara mi amor imperfecto...

¿Mi corazón será este hogar sencillo?
¿Lo harán tu mano y tu piedad eterno...?

ÍNDICE

PRÓLOGO, de <i>Gabriel Miró</i>	IX
---	----

CAMINOS DE PAZ DEL RECUERDO

I	<i>Amanecer de Octubre...</i>	23
II	<i>El viejo mayordomo...</i>	25
III	<i>María acaba de llegar. ¡María...</i>	28
IV	<i>Tu voz soltera ha sonado...</i>	32
V	<i>¡El Capitán inglés...! ¡Ob!, no penséis...</i>	34
VI	<i>Mi gran amigo el asno...</i>	37
VII	<i>Mi memoria se pierde más lejos....</i>	41
VIII	<i>¿Quién eres tú, mujer? ¿Crees que pasa...</i>	46
IX	<i>¿Otra mujer? Dorada y triste viene...</i>	48
X	<i>Por un momento un nuevo amor me tienta...</i>	50
XI	<i>...Y ya seguía la ruta. Y otra moza...</i>	52
XII	<i>¡No han sabido...</i>	54
XIII	<i>Grito de mi cabeza...</i>	55

DOLOROSOS CAMINOS

I	<i>Sombra ebria. Un amigo de ayer...</i>	59
II	<i>¡Hasta la orilla nada más! La noche...</i>	62
III	<i>¿Es la hora profunda y verdadera?...</i>	64
IV	<i>¿Cuál ha de ser?...</i>	65
V	<i>¿Para qué el alma...?...</i>	67
VI	<i>De pronto sentí un bastío infinito...</i>	69
VII	<i>Este niño está solo en el camino...</i>	72
VIII	<i>Un jesuíta pasa por mi lado...</i>	74
IX	<i>¡Ah, esa esquina terrible!...</i>	79
X	<i>¡Ob, el cielo baja...</i>	81

XI	<i>El sol aparece gracioso...</i>	83
XII	<i>Llueve. Estoy acurrucado...</i>	85
XIII	<i>¡Silencio!...</i>	89

INTERMEDIO ELEGÍACO

Tomás Morales, poeta.

	<i>Siempre.</i>	93
--	-----------------	----

CAMINOS SILENCIOSOS

	<i>Este lugar de la historia...</i>	99
I	<i>Esta mañana tiene...</i>	101
II	<i>Otro día. Yo soy el hombre solo...</i>	103
III	<i>¡Soledad!...</i>	105
IV	<i>¡Huir!...</i>	106
V	<i>Noche de Cádiz. Una sombra a mi lado...</i>	107
VI	<i>Todo se agolpa en la existencia mía...</i>	109

CAMINOS DEL MAR

I	<i>Mar doloroso...</i>	113
II	<i>En las orillas de esta playa negra...</i>	116

CAMINOS DE AYER

I	<i>¡Qué mal está eso de la eternidad!...</i>	123
II	<i>En el sendero está la misma piedra...</i>	125
III	<i>¡Blanca sombra de la madrugada!...</i>	126
IV	<i>Mi ciudad diferente...</i>	128
V	<i>Hay una laguna de paz en mi historia...</i>	130
VI	<i>¿El bogar laborado tiene un valor seguro?...</i>	131

ALIVIO DEL ALMA

(Final de los caminos.)

I	¡Otra vez el amor! Yo no sabía...	135
II	...Y al fin llegaste con amor distinto...	137

LOS CAMINOS DISPERSOS

Se han impreso de esta obra 1.000 ejemplares, con un retrato de *Alonso Quesada* por el pintor Juan Carló.

OBRAS DE ALONSO QUESADA

PUBLICADAS

EL LINO DE LOS SUEÑOS. Primer libro de poemas, con un prólogo de D. Miguel de Unamuno, una epístola de Tomás Morales y portada y retrato del autor, por Néstor. (Beltrán, 1915.)

LA UMBRÍA. (*Paisajes dramáticos*. Atenea, 1922.)

LOS CAMINOS DISPERSOS. Libro de poemas con un prólogo de Gabriel Miró y un retrato del autor por Juan Carló. (Ediciones Gabinete Literario, Las Palmas de Gran Canaria, 1944.)

INÉDITAS

SMOKING-ROOM. (*Cuentos de ingleses coloniales*.)

LLANURA. (*Teatro inverosímil*.)

LAS INQUIETUDES DEL HALL. (*Novela corta*.)

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN
LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE
DOMINGO SÁNCHEZ TALAVERA
TRIANA, 81, LAS PALMAS DE
GRAN CANARIA, EL DÍA 18 DE
MARZO DE 1944.



QUINCE Pesetas.